

El Colegio de Arquitectos de Madrid ha establecido un "Premio Anual de Prensa", que ha sido adjudicado al periodista José Montero Alonso por el artículo que a continuación se reproduce.

**LA OSCURA GLORIA DEL ARQUITECTO, por José MONTERO ALONSO.**

La tarea del arquitecto se ha visto, repentinamente, aumentada en magnitud y complejidad. Ya no es, como en otro tiempo más lento y tranquilo, la creación sosegada y solitaria, la gozosa entrega a un edificio o a un monumento. La vida avanza a saltos gigantescos, y he aquí que el arquitecto necesita, como el general en jefe de un complicado ejército, manejar fuerzas diferentes, tener en cuenta factores que van más allá de la técnica aprendida en las aulas, atender puntos de vista que escapan a lo estrictamente profesional. No se trata de crear cómodamente un edificio determinado, sino de crear toda una zona, un barrio, acaso una ciudad entera. Una palabra, "urbanismo", se adelanta vigorosamente, y reclama con urgencia atenciones e ilusiones. Es todo un país el que está en marcha y el que pide imperiosamente que sean los arquitectos los que dirijan el avance hacia una mejor ordenación de la vivienda y de la ciudad. Surge así la necesidad del trabajo en equipo. Porque la magnitud y la complejidad de la tarea desbordan el puro impulso individual y exigen una labor coordinada y múltiple.

Se ha repetido hasta el cansancio que estamos en el tiempo de lo social, y es cierto. El signo llega también hasta la arquitectura, que acusa, como otras actividades humanas, ese acento de la época. Hay que trabajar en equipo, hay que unir el esfuerzo propio a otros esfuerzos, y laborar coordinadamente. Con lo cual se hará más bella y patética la misión del arquitecto; misión que, entre todas las del arte, es la que menos recibe el calor de la popularidad y el halago de la gloria. Ya Eugenio d'Ors habló un día de las "paradojas de la arquitectura". Los nombres de los grandes arquitectos han llegado mucho menos a la sensibilidad popular que los nombres de los músicos o de los pintores. "No se habla—dijo el escritor—de Palladio como de Mozart, de Bramante como de Rafael. La obra de arquitectura, por el hecho mismo de la irrecusabilidad de su presencia, se torna para el pueblo habitual y, en consecuencia, anónima."

Pocas veces desconoce el público el nombre del autor de una página musical, de un poema, de un lienzo. Desconoce casi siempre, en cambio, el del autor de una obra arquitectónica. "Quien acude al concierto—habla de nuevo Eugenio d'Ors—sabe perfectamente que va a oír a Bach y a Chopin. Mientras que el transeúnte de nuestras ciudades ignora que se pasea entre Herrera y Ventura Rodríguez." Esta realidad de siempre se intensificará ahora bajo la urgencia de crear zonas enteras, casi ciudades. La labor en equipo no es nunca un designio caprichoso, y es impuesta—como en la investigación—por la creciente y agotadora complejidad de los

objetivos humanos. Si el arquitecto hizo siempre, en cierto modo, renuncia de una gloria que sólo raramente alcanzaba, esa renuncia habrá de ser más terminante ahora. Cada día, por exigencia de la misma vida, se irá menos hacia el monumento aislado, para atender más al conjunto, al gran acorde arquitectónico. *Homo fugit, opera manet*. En ninguna rama como en la arquitectura se cumple tan fielmente el espíritu de las viejas palabras. Si en la música o en la pintura, al acabar el hombre, su nombre queda vinculado a la obra que permanece, en la arquitectura aquel nombre, en la mayor parte de los casos, cae en el olvido. Huye por entero y definitivamente. Es ésta una gloria incierta y oscura, que no conoce los oros de los otros triunfos artísticos, de las otras zonas de la creación estética humana. Gloria con posos de melancolía: las gentes de mañana pasearán entre estos edificios, por estas calles, e ignorarán el nombre de quien creó todo eso, ilusionadamente, en horas de vigilia con planos y compases.

Nuestros hijos conocerán al autor de esa melodía que acaso se unió a su vida para siempre. No olvidarán el nombre del poeta que los asomó a un nuevo y sorprendente mundo sensible. Pero desconocerán—no es arriesgada la profecía—al arquitecto que hizo este barrio, esta calle o esta casa: el escenario para la vida, la ilusión y la muerte.

